

exterior»¹. Es la poesía de Bernard Noël –y según las propias consideraciones del autor, recogidas de su reciente conversación con Carlos Ortega– antagonista de *La experiencia interior* de Georges Bataille, y su escritura, a fuerza de adentramiento, soledad y desposesión creciente, se torna impersonal sobrevivencia parlante. La palabra se proyecta, entonces, hacia todo aquello que queda afuera, lejos e inalcanzable para ese «sí mismo» que apenas puede ya reconocerse; provoca la ruptura y disgregación de todo ese exterior, da nombres que desnombran la realidad etiquetada para, al cabo, rescatar su transnombre, alcanzar un espacio irreductible que permita el «dar a ver» (*donner a voir*) de Eluard; en fin, una violenta desapropiación que desnuda las cosas de los hábitos sobreañadidos, las libera de nuestro lenguaje subyugador, las desautomatiza y abandona a su simple presencia sin obstáculos, a su desinteresado descansar en sí. Retroceso, por tanto, del lenguaje, auscultación milimétrica de sus formas y relaciones: contorsión, rarefacción y experimentalismo léxico, búsqueda de un «grado cero», obsesivo lacerar de todo lo suplementario, firme tensión del ritmo unívoco del verso. Esta contundente substancialidad

lírica procura a Bernard Noël un paso más hacia esa cuestión central que le asedia como tábano desquiciador: el desvelamiento «[de aquello] que hay de más en la escritura que no es escritura»², eso que le habrá de explicar lo que, en verdad, significa escribir.

Él y tú y cuanto es polvo
del cuerpo o materia de mí
sobre nadie un poco de lo oscuro
alguien salió del aliento
comió mi rostro
está donde estoy
cuando soy nada
un costal de tinieblas
plenitud del caos

Pero, ¿a quién pertenece la voz de *La sombra del doble*? Esta desaparecible y penetrante inflexión que emplea el «yo», «tú» o «él» indistintamente, ¿tiene como objeto confundirnos? ¿Por qué y para quién su áspero y, a la vez, envolvente y monódico parlamento? Y más aún, si ninguna respuesta obtiene a sus interpelaciones en torno a la muerte, la voluntad, la objetividad o el espejo –entre otras–, si el oráculo ha enmudecido, ¿qué sentido tiene perseverar? ¿para qué prolongar el desasosiego de un ciclo concéntrico –el del verso– sin comienzo, pausa o fin previsto? A pesar de todo, un extraño e irrefrenable impulso lo condena a tan funesto autoencierro,

¹ Véase «La escritura y el cuerpo», ABC Cultural, 3 diciembre 1998.

² *Ibidem*.

inmersos en un espacio inexistente, habitado sólo por palabras estériles, instigadoras y sombrías; sigue y sigue, pues, para a cada paso desahogarse y «hambrearse», en una búsqueda sin fin a través del más entrecortado y abstruso lenguaje, cada vez más ingrátido y débil, cada vez menos presencia y más desaparición.

Como vemos, este «libro de las preguntas» de Bernard Noël incita en nosotros otras interrogaciones y réplicas a las suyas, muy probablemente, también éstas, sin satisfactoria o –al menos– factible respuesta. Acaso la errancia de su palabra, su incesante y obscuro pensar en alta voz, su avidez obsesiva por saber, oculten sólo el miedo al vacío total, al silencio del fin que atenaza sentidos y entumece el alma. En todo caso, es obvio que el poeta francés no busca la obra placentera, el poema que provoca el entusiasmo y embeleso al ánimo. Por el contrario, prefiere la aridez del decir, el carácter espectral y huero del léxico, la mostración indirecta como estrategia, y la terca inmovilidad por argumento, invalidando el uso de puntos y comas, quebrantando toda lógica sintáctica para acentuar más –si cabe– la indistinción, el punto límite en el que los contrarios, en su coincidir, uno a otro se anulan. Y es que *La sombra del doble* es el resultado sorprendente de un texto que a sí mismo se devora: un eterno eclipsar-

se cual tejido en manos de la sosegada Penélope, materia, sustancia o mera cosa a la búsqueda inagotable de su propia forma. Y éste no es sólo el ardid o pretexto de una poética oscura; el autor mismo es quien, a través de la obra a sí se desmiente. Ninguneado el «yo» –punto de referencia supremo del pensamiento cartesiano–, queda la *sombra* –la imagen en negativo, invertida, exenta de corporalidad y vida propia–, y aún menos: la sombra de un *doble* –tal vez un «yo» del pasado o del futuro, quizás un «otro» anhelado por un estado de insostenible soledad. Este alejamiento y nulificación propaga en derredor una onda de despersonalizadora inestabilidad, no en pos del *nonsense* beckettiano, sino hacia algo que intuimos más inquietante y terrible: la implacable certeza de eso que Bataille denominó «la *discontinuidad* esencial»

qué es el tiempo
te comes el papel
desaparece la boca
cierras la ventana
para calcular el aire
se eleva un reflejo
un cuerpo enfrente
el tú de ti
el contrarrostro

Este «tú» obsesivo, no obrará, por consiguiente, el milagro dialogador: la voz ha de permanecer por siempre monologando, como la virtual *Compañía* de Samuel Beckett, pues ése y

no otro es su destino. Así, frente a otras poéticas de «apertura», en las que un sentimiento amoroso conciliador tiende puentes y funde hasta el tuétano aquello que antes estuvo separado, en las que el «yo» se despliega como ser-vasija, abierta y hueca, a la espera impaciente de una fecundante feminidad, para Bernard Noël el «tú» es y será sexualidad frustrada, cuando no angustia de tiempo vacío, sentimiento de caída sin posible asidero y desconocimiento cada vez mayor de ese mundo exterior, demasiado afuera para tanto adentro, pero al que no puede substraerse, despeñado, expulsado como ha sido desde su fuero interno al centro mismo de la vida. Él mismo se deshabita, pero no para recibir en sí al ser amado, sino más bien con un sentido de marginalidad, de *peregrinatio* judaica, de muerte voluntaria.

Un fragmento de hombre un fulgor, un instante sólo de «ser» y luego la nada, el «no-ser». La palabra de Bernard Noël gana en autenticidad cuanto más se acerca a la esencia, cuanto más próxima está de la nada. Ya lo dijo Heidegger: no es posible fundar un mundo mediante la palabra sin tropezarse, en la resolución de tal hazaña, con la nada y el silencio. La dialéctica de fundamentación y desfundamentación del filósofo alemán se cumple de manera expresa en *La sombra del doble*, allí donde la afirmación más fer-

viente está inmersa, contenida, en la sombra sin fondo del «no», donde la luz no se concibe sin la oscuridad, o el «aquí» es, también y a la vez, «allí». Su curiosidad por los cimientos y mecanismos enigmáticos del lenguaje es lo que se pone de manifiesto en *La sombra del doble*, eso sí, a partir del cuerpo físico del hombre, talismán en el que se gesta, crece y transforma incesantemente el lenguaje. Ese gran libro que constituye la especie humana, del que nadie aún ha leído cabalmente y que preserva indelebles todos sus misterios, es el que Bernard Noël se propone descifrar, despersonalizándose, borrando todo rasgo de posible identidad, eliminando singularidades y profundizando en el verdadero cuerpo de la especie, el ser-ahí genérico y esencial en su cualidad primera y definitiva: su *doble* pérdida –corporalidad y actividad mental–; el despacioso, imperceptible e inevitable letargo del lenguaje que, antes, y a través de cada ser, se transformaba y rehabilitaba; el abismo al que, como *ser-para-la-muerte*, nos conducimos. En definitiva, Bernard Noël, en ésta su más reciente traducción al español, prosigue su tránsito hacia el punto original en el que toda obra se pierde y aparece el «sin palabras», la alteridad innombrada, el *contrarrostro* de nuestro doble.

Marianela Navarro Santos

El derrumbe de la rectitud*

Los edificios que rodean la plaza Kinaxixi de Luanda se desmoronan uno tras otro. Caen sin dejar muertos, sin sangre, únicamente un paisaje lunar lleno de polvo y gente desorientada que intenta recuperar sus señas de identidad. Esta imagen onírica que se repite sucesivas veces en el relato de Pepetela (Benguela, 1941) –pseudónimo de Artur Carlos Mauricio Pestana dos Santos, premio Camões de las letras portuguesas en el año 1997– es la metáfora de la que se sirve el autor angoleño para explicar el rápido proceso destructivo hacia el que se dirige la sociedad africana. En *El deseo de Kianda* Pepetela recurre a su característico simbolismo y cuenta, desde una ironía entre real e irreal, cómo es la vida cotidiana de un país traumatizado por la colonización, una larga y sangrienta guerra civil y una posguerra marcada por la importación de ideologías adaptadas sin su base moral o grotescamente imitadas.

* Pepetela, *El deseo de Kianda*, Versión española de Eduardo Naval. Alianza Editorial, Madrid, 1999, 124 p.

Las obras de Pepetela son un espejo en el que la sociedad africana debe mirarse para reconocer en él sus conductas, sus relaciones individuales y colectivas, sus reacciones ante las circunstancias de su historia y las consecuencias de ésta en su propio presente. Siempre suelen ser relatos de una fuerte implicación social en los que el lector se siente obligado a reflexionar sobre el hombre y la civilización, sobre la mella del pasado en los comportamientos, tomando como punto de partida la difusa división que las mentalidades aplican sobre el mundo. Pepetela muestra la frágil y poco definida frontera entre lo justo y lo injusto, la victoria y el sometimiento, la rectitud de la conducta moral y la fácil derivación hacia la inmoralidad, desde un tono satírico aunque, en el caso de *El deseo de Kianda*, condescendiente.

La crítica especializada en la obra del autor angoleño no considera este relato, escrito en 1994 y editado un año después, como una de sus mejores obras. Ciertamente no tiene la fuerza del juego de máscaras que Pepetela establece en su primera novela *Muana Puó* (escrita en 1969 y publicada en 1978) o la dura denuncia de la corrupción en la que rápidamente cae el régimen postcolonial angoleño en *O Cão dos Calús* (escrita en 1978 y 1982 y editada en 1985), ni es el implacable enfrentamiento entre el hombre y su naturaleza que el autor analiza en *Luaji: o*